

CONVERSACIONES SECRETAS

I

Henri Dupont, como muchos otros hombres, ha vagado por la vida sin haber dado ningún sentido a sus pasos. Ha trabajado, se ha relacionado con amigos, familiares, clientes; ha disfrutado de momentos de ocio con escapadas a la casita de Niza y ha hecho el amor —con cada vez menos frecuencia, no les voy a engañar— hasta hoy.

Hoy Dupont cumple noventa y dos años y se arrepentirá el resto de su vida de no estar celebrándolo junto a su familia, con los nietos abriendo cajones o tirando ceniceros y sus hijos preparando la tarta con cariño. Se arrepentirá de no estar sentado en el sofá sujetando la mano de su mujer y viendo que todo en la vida le ha salido a pedir de boca a pesar de que el destino siempre buscó echarlo todo a perder. Sin embargo ahora está solo, con la única compañía de una araña que cena una desgraciada mosca y el zumbido del flexo encendido sobre la mesa. Dupont está en Babia, la vista perdida en la nada y un Gauloise colgándole de la comisura y, para colmo, no deja de preguntarse quién demonios es. Sabe que a su edad ya es tarde para encontrarse a sí mismo pero aún así le da una rabia indecible no poder decir quién es ese viejo con cara de pánfilo que le devuelve la mirada desde la ventana y que lentamente se deshace en la miserable condición humana.

Al borde de la desesperación rompe a llorar.

Pasado un rato, el reloj de pared da el último paso y a regañadientes marca las doce; Dupont se enjuga las lágrimas mientras el eco de las campanadas se diluye lentamente en el piso. Nunca lo sabremos, quizás lllore por el coraje que le da saberse otro de los cientos de miles de seres que, moribundos, habitan este planeta azul casi gris, poluto y resacoso. Otro

más cuyas ansias y ambiciones se han ido erosionando por la vorágine del día a día, desgastadas por la rutina del que se pregunta si habrá alguna función prevista para él en un futuro sin mañana que se muestra cada vez más oscuro y cercano. Sin previo aviso —como suelen llegar las desgracias en esta vida—, la cabeza empieza a dolerle horrores igual que si una tenaza puntiaguda le estuviese agarrando las sienes con fuerza —y Jesús si aprieta, el corazón le late a seis mil ochocientas revoluciones por minuto—; para Dupont es el culmen de sus desgracias, muy despacio cruza los brazos sobre el borde de la mesa y reclina la cabeza en ellos, respira bien hondo y se prepara para morir...

Y, como por arte de magia, la jaqueca se esfuma. Un océano de claridad le inunda la mente y por un instante olvida que el mundo es un lugar peligroso. A su decrepita memoria le viene el recuerdo de aquellas mañanas grises en la escuela cuando se recostaba de esa misma forma en el pupitre —atinando a ver los muslos firmes que se escondían bajo las faldas de la maestra—, cuando se dijo que el Cielo tendría que ser algo así como mantener aquella posición para siempre.

Cierra los ojos y decide que ya no le importa nada; ni su peculiar forma de andar, con los pies marcando las diez y cinco. ni esa persistente tos que empapa sin piedad su pañuelo y que trata de endulzar con terrón y medio de azúcar en el café. Hasta deja de incumbirle la flacidez de su poderoso miembro. Tan solo le importa una cosa: la nostalgia ocre de sus recuerdos; y es que a veces la vida es tan hermosa que no se parece a la vida en absoluto.

Y casi sin quererlo sonrío.

—A ver si he entendido bien —dije—. ¿Llevamos quince años reuniéndonos una vez al mes para jugar al póquer y poner a las mujeres a caer de un burro, y me dices que hoy te vas a traer a una niñata becaria del periódico para que escriba una columna sobre mí?

—No te pongas así, hombre. Entiéndelo. Que solo te quiere hacer cuatro preguntas. Y no sobre tí, egocéntrico, está escribiendo no sé qué artículo acerca de misterios sin resolver. Diablos Enrique, no me niegues que no tienes un buen arsenal de ellos en la manga.

En ese momento oí una voz femenina, demasiado fresca quizás, al otro lado del auricular. Maldita tu estampa, dije. Divórciate. Aunque solo sea por respeto a María que los debe tener del tamaño de un miura pero divórciate.

—No me arreste, inspector —dijo Carlos entre risas—. Ya sabe usted los sacrificios que me exige el periódico.

—Lo que tú digas payaso —me había contagiado la risa—, tráete a la becaria. Ya veré qué película le contamos.

—No te arrepentirás, es un lince.

Seguro que una cría recién salida de la universidad sería un lince, pensé mientras colgaba el teléfono, seguro que sí.

Carlos y yo, y en general todos los del póquer, llevábamos más de cuarenta años cubriéndonos los...affaires y hoy no iba a ser para menos. Si la niña necesitaba una historia escabrosa para rellenar currículum no iba a negársela, y menos si me lo pedía un amigo. La de la matanza en el picnic iría bien: seis muertes, una tarde idílica, un perro como único

testigo y una buena dosis de cianuro.

Me puse la gabardina, cerré la puerta del apartamento, eché la llave y llamé al ascensor.

De camino al garaje mi sexto sentido policíaco dio la voz de alarma. Llegar a tiempo a la partida no me haría ningún bien. La becaria estaría nerviosa, haciéndose a la idea de tener que compartir mesa con cuatro perros bracos de colmillos bien aguzados, y su única escapatoria sería comenzar la entrevista antes de tiempo. No. Lo tenía decidido, llegaría con el siempre recurrente “retraso de cortesía”. Entré en el coche y con la prisa característica de los presos condenados a cruzar el corredor de la muerte, metí un casete de Camarón en la radio. Saqué un Gauloise ya hecho del paquete que llevaba en la gabardina; me recosté en el asiento del piloto y tomé una profunda calada dejando escapar las volutas de humo por la nariz. El que diga que perdía el tiempo no sabe qué son los pequeños placeres que le alegran a uno la vida. Sin lugar a dudas, aquella era la mejor idea que había tenido desde la jubilación; solo echaba de menos un buen güisqui con hielo. Maldita conciencia, nunca quedaba satisfecha.

III

—Inspector, ¿es la primera vez que llega tarde a la partida o lo estoy soñando?

—No me digas ‘inspector’, Joaquín —respondí—. Que ya llevo medio mes jubilado.

Joaquín Cabrales cumplió hará ya cincuenta años el sueño de abrir un bar en pleno barrio de Malasaña. Era un tipo regordete con doble papada y delantal blanco sobre la pan-

za, tenía una corona de pelo gris alrededor de una calva brillante y ojos negros y alargados más propios de un felino que de una persona. Sabíamos que tenía dos hijos independizados que intentaba no sacar a colación y una mujer de la que sabíamos todavía menos. Amaba su bar y como buen camarero se inclinó sobre la barra adoptando el tono íntimo que solo podía conseguirse tras años y años de trato con clientes, ayudado del olor a cerveza, tabaco y sudor. Ese ambiente tan castizo que transporta a todo buen madrileño a la época ceniza en que se conspiraba contra la ocupación francesa en tascas clandestinas, con una jarra de vino en una mano y una daga en la otra.

—Que quede entre usted y yo. No importa cuántos meses lleve jubilado, el tiempo no avanza en mi bar y usted entró aquí para celebrar su ascenso, ¿recuerda? Siempre que esté usted entre estas paredes tendrá el grado de inspector. Además, no me niegue que no ha sonreído cuando se lo he dicho.

Abrí la boca para protestar, pero me cortó antes de que llegara a decir nada. No se ande con falsas modestias, aquí no hacen falta; dijo con un movimiento brusco de la mano. Deme un segundo, ahora vuelvo y le tiro un doble. Antes voy a servirles unos boquerones a esas señoras de la esquina.

—Adelante Joaquín, estás en tu casa —dije sacando la bolsa de tabaco para liar un cigarro.

No me j..., inspector le oí murmurar mientras se alejaba hacia las señoras. Se me escapó una sonrisa al verle separar del grupo a la más rolliza. Era otro braco, igual que nosotros. Uno de los que había aprendido a caer de pie a base de palos y sabe que lo mejor es tirar por lo bajo; aunque con frecuencia nos preguntábamos si sería esa la razón por la que

siempre se decantaba por las mujeres más entradas en carnes o si lo haría por gusto; y es que a pesar de que le considerábamos uno más del grupo —recuerdo que incluso le enseñamos a tirarse faroles—, Joaquín siempre se aseguró de guardar la sagrada distancia empleado-cliente. “Caballeros, les seré sincero, nunca estuve enamorado. Yo siempre fui camarero”, solía decir para eludir las preguntas incómodas.

—Ya estoy de vuelta —blandía un teléfono escrito en un trozo de papel—. Tal y como prometí, su doble bien helado.

—Veo que esta noche vas a tener trajín en el almacén—dije inclinando la cabeza hacia las señoras y llevándome la jarra a los labios.

—Se hace lo que se puede —alegó en su defensa, descubriendo el colmillo en una sonrisa astuta—. Ya le esperan en la mesa de siempre inspector, por cierto que al señor Brihuega le acompaña una joven de muy buen ver. Tiene valor para presentarla en sociedad, y más en mi bar. Me atrevería a decir que quizás les anuncie sus segundas nupcias.

—No caerá esa breva... Es una becaria del periódico a la que se le ha antojado escribir una columna acerca de misterios sin resolver y a Carlos no se le ha ocurrido otra que hablarle de mí.

—Le acompañó en el sentimiento, inspector. Aunque quién soy yo para hablarle de lo que da de sí un par de senos; y sobre todo si hablamos de los que ella tiene —dijo inclinándose de nuevo sobre la barra y arrancándome una mueca a medio camino entre la sonrisa y la resignación.

—Ahora te veo —le palmeé el hombro—, acércate cuando me toque hacer de abue-

lo batallitas.

Crucé el pasillo y llegué al salón-comedor. Una habitación con forma de ele que solía llenarse a la hora de comer aunque, ahora que casi todas las luces estaban apagadas, tenía un halo de clandestinidad aumentado notablemente por la neblina del humo de los puros. Al fondo se adivinaban cuatro figuras en torno a una mesa con tapete verde, tan concentradas en la partida que tenían entre manos que no me vieron llegar.

— ¡Manos arriba! Quedan todos detenidos

— ¡Enrique! No me des estos sustos, carajo. Que a mi edad hay que andarse con mucho ojo y bastante tenemos con el repaso que nos está dando la señorita Salgado.

Hablaba Jacinto Sancho, médico forense retirado que me había ayudado en infinidad de casos y que ahora abultaba su pensión ejerciendo de profesor asociado en la Facultad de Criminología. El resto de la mesa la componían Carlos Brihuega, director del periódico local *La voz de la información*; Santiago Cifuentes, cofundador de la inmobiliaria "Santos y Cifuentes" y una mujer, de espaldas a mí, de la que solo podía ver la coleta negra lacia que cubría a medias el respaldo de la silla, y que acaparaba tres cuartas partes de las fichas sobre la mesa.

—Como tardabas en venir —dijo Cifuentes—, le hemos cedido tu puesto a Susana.

—Mala idea por lo que veo, menudo rapapolvos.

La chica aprovechó para levantarse como un rayo. Encantada, me llamo Susana Salgado, dijo. Es un placer conocerle inspector Du... No me trates de usted, corté, ni me digas inspector. Llevo medio mes jubilado y quiero disfrutarlo.

—No seas tan brusco, Enrique —dijo Brihuega saliendo en defensa de su ruborizada becaria—. Te dije que era un lince y no miento, nos gana a todos.

—La señorita Salgado —añadió Jacinto limpiándose las gafas con el pico de la camisa— nos ha calado a los tres hasta los huesos. Lo que a nosotros nos ha llevado media vida, a ella solo le ha costado tres cuartos de hora. Tengo la sensación, y no creo que me equivoque, de que nuestra nueva amiga es una de esas tantas mujeres con la capacidad de saber aprovecharse de su fantástica belleza e inteligencia para salirse con la suya... Argucias de *femme fatale* ¿me equivoco? —Lanzó la pregunta e inclinó la cabeza hacia Susana; a quien se le subieron los colores y no tuvo otra salida más que sonreír desviando la mirada.

Crucé miradas con los jugadores en la mesa para asegurarme de que, efectivamente, no se estaban dejando ganar. Quizás lo hubieran hecho al principio para hacerla sentir más cómoda y romper el hielo pero ahora, muy a su pesar, estaban siendo desplazados por alguien que podría haber sido su hija; y en el caso del forense Jacinto Sancho, su nieta. Sonreí y acerqué una silla para sentarme al lado de Susana. A esa distancia tan corta me alcanzó el vaho de su perfume fresco. Casi podía imaginarla cogiendo el frasco recién salida de la ducha, con el pelo mojado pegado al cuello y su novio —porque las chicas como ella siempre tienen un hombre que las rescate de las noches frías sin luna donde el pánico acecha en cada esquina— abrazándola por la espalda y deseándole suerte con la entrevista que ahora tenía entre manos. Acaba la partida, dije apurando la cerveza helada, remata a estos vejesterios. Rió y todos volvieron a sus puestos en la trinchera. No voy. Veo tus diez y subo otras tantas. Las veo. Etcétera. Aproveché la tensión del juego para estudiar curioso a la becaria. Era una máscara india, impasible, un tahúr profesional que sujetaba las cartas con seguridad y sabía que no podía latirle ni un párpado, que se jugaba su carrera en esa

mano. Estaba tan endiablidamente concentrada en ganar que hasta se mordía la puntita de la lengua. De pronto una pequeña arruga se le marcó en el ceño fruncido. La única, me dije. Y es que, aunque no fuese una belleza impactante la suya, sabía lucirse. Llevaba una coleta con raya en el medio y el pelo bien tirante hacia atrás. Unos pantalones largos azul oscuro y una blusa tan escotada que derretiría hasta los señoritos con brillantina. Atenta a la sagrada regla que nunca falla: mitad y mitad. Si de cintura para abajo vas discreta, de cintura para arriba ve provocando; y viceversa. Brihuega habría tenido que usar todas las tretas habidas y por haber para anotarse ese tanto. Menuda mujer había conquistado y yo seguía a dos velas. Está visto que el mundo sonrío a cuatro gatos. Entonces descubrí que Cifuentes, por el disímulo con que miraba el pronunciado escote de Susana, asegurándose de que su protegido no le cazase *in fraganti*, compartía mi opinión.

Voy con todo. No voy. Me c... en diez, voy. Doble de qué dosis para el vendepisos. Escalera de color para la morena. Chúpate esa.

De pronto —aún me pregunto si habría estado esperando paciente en una esquina a que terminásemos la mano— apareció Joaquín entre la densa niebla de nicotina con seis copazos en una bandeja. Les traigo una ronda caballeros, dijo repartiendo los vasos y quedándose uno para él, he dejado a Teresita en la barra mientras nos narra sus hazañas, inspector. Sonrió y el colmillo destelló en la habitación a media luz. Jacinto se recostó en la silla resoplando, empieza ya que estoy harto de perder suplicaban sus ojos. Yo incliné la cabeza dándome por vencido y Susana no se molestó en disimular una mueca victoriosa mientras se agachaba y sacaba del bolso una grabadora plateada que puso sobre la mesa a la espera de pulsar el pléi. Cuál caerá esta tarde, la del extraterrestre en la casa-cuartel de Jerez; preguntó Cifuentes mordiendo un palillo. Hoy no, respondí, esa es para novatos y la

chica me ha caído en gracia. Me animaré con otra más...no encuentro la palabra adecuada.

— ¿Nuestra?— Propuso Jacinto enarcando una ceja. Le di la razón, «nuestra» era la definición perfecta para aquella historia. Brihuega asintió serio. Gracias compadre, dijo sin palabras. Hoy por ti, mañana por mí y de momento me debes una; pensé.

—Gran elección, inspector —se limitó a decir Joaquín alzando el vaso. Correspondí al brindis y aproveché para beber un buen trago que me aclarase la garganta.

—Allá va nuestro misterio inexplicable, Susana —dije liando el quinto cigarrillo del día—. El caso de Narváez.

Clic. La cinta empezó a grabar.

IV

—Nos remontaremos, Susana, al once de marzo del sesenta y nueve. Lo cierto es que recuerdo aquel lunes como si fuera ayer, llovía a cántaros y ni siquiera cuatro cafés consiguieron desembotarme la cabeza después de haber celebrado el domingo mi ascenso a inspector en esta misma habitación, ¿lo recuerdas Joaquín?

—Cómo olvidarlo, inspector. Gracias por confiar en mi bar.

—Eras el que servía las cañas más baratas del barrio... En fin, a lo que vamos. Me había dejado el paraguas en casa y para colmo tampoco llevaba suficiente dinero encima para pedir un taxi. Lo que debería haber sido una entrada triunfal en comisaría para estrenar mi puesto con la cabeza bien alta terminó siendo un fiasco tremendo cuando llegué a la oficina con los mocasines chorreando agua por todas partes.

»Estaba apoyado en la mesa de Elena Serrano, la secretaria del comisario, recordando entre risas la juerga del fin de semana cuando nos interrumpió el comisario reclamándome a su despacho a través del interfono. Anda ve, no vayas a enfadarle el primer día; dijo Elena. Le di un beso en la frente y pasé al despacho. Su primer caso como inspector, dijo el comisario en cuanto tomé asiento frente al escritorio de roble macizo, vaya al trece de Narváez y eche una mano a los agentes Magaña y Benavente. Ellos le pondrán al corriente de la situación pero según parece han hallado un cadáver en una de las viviendas de la quinta planta. El caso es enteramente suyo Durero, sabe cómo proceder. Haga las investigaciones pertinentes, ciérrelo esta misma semana y estrénese con galones. Buena suerte, concluyó tendiéndome la mano. Me sequé el sudor en la pernera del pantalón y correspondí al saludo. Antes de que se vaya Durero, añadió mirándome de arriba abajo, parece que ha olvidado el paraguas en casa y sé que no tiene auto. Le dejo las llaves del mío. Lo quiero de vuelta en el garaje a la una y media; considérelome mi regalo de promoción. La verdad es que las gastaba finas el comisario dejándome su Studebaker y no tardando ni un día en asignarme un caso. Ver para creer. Salí del despacho y dejé boquiabierto a Elena tintineando las llaves del automóvil al pasar frente a ella. Le guiñé un ojo cómplice, me puse la gabardina y bajé al garaje.

»El auto iba levantando regueros de agua en el torrente pardo que llenaba las calles. En la fachada del trece de Narváez, los destellos luminosos de la sirena azul de una patrulla se multiplicaban bajo la intensa lluvia. Aparqué el Studebaker y pasé al portal donde ya me esperaba el agente Magaña, rascándose la cabeza con aire confuso. Me alegro de que haya llegado tan rápido, nosotros no sabemos qué más hacer. Tenía los hombros encorvados, claramente desbordado. La ambulancia está de camino para llevarse el cuerpo, dijo mien-

tras me conducía al quinto derecha donde Benavente taponaba la puerta, deshaciendo en quejas las curiosas miradas de los vecinos. Entré en el apartamento y lo primero que me llamó la atención fue ver una figura sentada en una silla con la cabeza sobre los antebrazos al final de un estrecho pasillo en penumbra. Miré a Magaña y éste asintió en silencio. Nadie ha movido el cuerpo, inspector; si prefiere hablar primero con los testigos que lo encontraron, están en la cocina. Gracias agente, respondí, baje al portal y espere a la ambulancia. Y que Benavente no se mueva de donde está, no quiero fisgones.

»En la cocina estaban Carlos Brihuega, su primera mujer, una bruja de cuidado, y el joven agente inmobiliario Santiago Cifuentes —sin mujer, sin hija y sin amante— al que todavía le faltaban varios años para reunir el aplomo con el que abriría su propia inmobiliaria, llevándose tres cuartas partes de la clientela suscrita a la agencia para la que ahora trabajaba. Al parecer, Cifuentes había despertado esa mañana con la intención de venderle el piso a los recién casados; cuando abrió la puerta y vio el cuerpo echado sobre la mesa pensó que un vagabundo había ocupado la casa pero al acercarse un poco más, se estremeció y llamó a la policía de inmediato. Los Brihuega no pusieron ninguna pega al testimonio de Cifuentes y me preguntaron si podían marcharse ya. En cuanto firmen la declaración, contesté. Salí de la cocina y dejé a Benavente a cargo del papeleo mientras yo echaba un vistazo al protagonista del día. Era un hombre de edad avanzada muy bien vestido: camisa blanca con gemelos de oro, pantalones negros hechos a medida y mocasines de cuero embetunado. Ni rastro de chaqueta ni de corbata, anoté en la agenda que siempre llevo en un rincón de mi cabeza. Tenía un reguero de lágrimas secas en las mejillas y había una colilla sobre un montoncito de ceniza en un cenicero de vidrio negro, aparte de eso no había nada. Ni sangre ni signos de violencia, la cerradura no estaba forzada y la fachada era imposible

de escalar para un hombre de su edad. Le palpé los bolsillos en busca de una cartera o unas llaves pero tampoco encontré nada, cualquier documento que ese hombre llevase encima lo habría dejado en el bolsillo interior de la chaqueta, supuse, junto a la corbata —porque si un hombre se quita la corbata, nueve de cada diez veces la pondrá en el bolsillo de su chaqueta—. Di una vuelta por el piso para encontrar alguna pista. Encendí todas las luces. Rastree cada habitación palmo a palmo. Abrí cada cajón, armario y cómoda que encontré. Miré debajo de las estanterías, de la alfombra del salón. Nada. Bajé cortinas y persianas para asegurarme de que no había nada enrollado en ellas, incluso me asomé a las ventanas por si hubiese algo colgando del exterior. No encontré absolutamente nada. En ese piso piloto solo había un cadáver y una colilla. Me apoyé en el alféizar viendo la lluvia resbalar por el vidrio y lié un cigarrillo maldiciendo mi suerte porque mi primer caso pintaba realmente negro. Entonces apareció una pareja de paramédicos con una camilla a cuestas para llevarse el cadáver. Les seguiré hasta la morgue, dije, quiero asegurarme de que sea Jacinto Sancho el encargado de la autopsia. Metí la colilla y la ceniza en una bolsa de plástico para enviarlas al laboratorio de criminalística y despedí al matrimonio Brihuega y a Cifuentes anotando sus datos en caso de tener que ponerme en contacto con ellos más adelante.

»Zum, zum. Zum, zum. Las escobillas del parabrisas sonaban monótonas, con la lluvia repicando como granizo en el techo. Algo se me escapaba. Durante media hora había inspeccionado el piso y sin embargo algo seguía sin cuadrarme. Zum, zum. ¿Qué tenía? Un anciano muerto en un piso en venta propiedad de una inmobiliaria. ¿Cómo narices había llegado hasta ahí? No muchas personas deberían tener acceso a las llaves del piso. Zum, zum. Y luego estaban las lágrimas. ¿Sabría aquel hombre que iba a morir? Zum, zum. Y aún así no paraba de gritarme a mí mismo que algo se me estaba escapando. Zum, zum. La

colilla. La cerradura intacta. Los gemelos de oro. Todo daba vueltas en mi cabeza sin ningún sentido. Zum, zum. Y de repente me subí a la acera y por poco no estrellé el Studebaker del comisario contra una farola; había caído en la cuenta de que el cadáver sonreía.

»Jacinto Sancho abrió las puertas batientes de la sala de autopsias tirando los guantes quirúrgicos a una papelera. ¿Ya tienes los resultados de criminalística?, preguntó mientras me daba la mano. Aquí están, dije sacando un sobre color crema de un maletín. Échale un vistazo tú mismo. Jacinto se puso unas gafas de culo de vaso y acercó los resultados de la cromatización a una lámpara. ¿Conseguieron determinar de qué marca era el tabaco de la colilla? Enfatizó la pregunta enarcando las cejas y las gafas le resbalaron hasta la punta de la nariz. Es un Gauloise y la saliva en el filtro pertenece al cadáver, murmuró. Y la cerradura del apartamento es fácil de manipular si se sabe lo que se hace, completé. Jacinto asintió y me devolvió el informe. Al margen del anillo matrimonial, dijo, el cadáver presenta una marca en la primera falange del índice derecho; lo que quiere decir que solía llevar otro anillo además de la alianza aunque también puede que se la cambiara de dedo con frecuencia, cada uno tiene sus manías. Enrique, lo que está claro es que este hombre tenía esposa y quizás hijos y puede que incluso nietos. Se quitó las gafas y me miró fijamente. Tienes que dar con la identidad del viejo que tengo abierto en canal ahí adentro, por su familia. Lo haré, admití, de hecho uno de los testigos que encontraron el cadáver, un tal Carlos Brihuega, es redactor en un periódico de tirada nacional y me hará el favor de mostrar una fotografía del muerto en primera plana hasta que alguien le eche en falta. ¿Tú terminaste ya la autopsia? ¿Sacaste algo en claro? Jacinto me dedicó una sonrisa pícaro y volvió a ponerse las gafas. Vamos al bar, aquí te va a dar una pájara con tanta peste a muerto. Salimos a la calle, la primavera estaba a la vuelta de la esquina y el sol se hacía respetar pegando bien

fuerte en la nuca. En el bar, Joaquín nos recibió con un abrazo, un tinto y un plato de torreznos. Aproveché para ponerle al corriente del informe del servicio de criminalística pero Jacinto tomó la palabra antes de que Joaquín pudiese opinar. Bueno, los paramédicos certificaron la muerte a las diez y cuarto de la mañana; y cuando el cadáver fue registrado en la morgue todavía no había entrado en rígor mortis completo; por lo que situó la hora de la defunción en torno a la medianoche del diez al once de marzo. Ahora bien, Cifuentes no tiene ninguna duda de que el cadáver sonreía cuando telefoneó a la policía y aunque podría tratarse de un caso de rígor mortis localizado, dudo mucho que sea esa la razón de su sonrisa... Yo diría que estamos ante un caso de espasmo cadavérico, una rigidez instantánea que se produce en el momento mismo de la muerte; es algo que se presenta con escasísima frecuencia y por tanto un elemento diagnóstico crucial cuando aparece. Muy pocas causas pueden conducir a un espasmo cadavérico, y por su avanzada edad me la jugaría a que sufrió un aneurisma cerebral que le haría convulsionar hasta terminar con esa mueca. A pesar incluso de que el estudio angiográfico haya sido negativo a aneurismas; a estos cacharros todavía les faltan unos años para que sean del todo fiables. Por otro lado tampoco descarto un aneurisma neoplásico, algo muy poco común y realmente difícil de identificar en una autopsia que igualmente podría haberle provocado esa sonrisa. He compartido mis conclusiones con el resto del equipo y todos menos uno me han dado la razón al respecto; lo que sugiere este hombre es tan oscuro como plausible. Resulta que existe una planta natural de Cerdeña, la *Ranunculus Sceleratus*, comúnmente conocida como apio sardónico cuyo jugo es extremadamente venenoso y perturba los sentidos, deprime la circulación sanguínea y la respiración y hace torcer la lengua y los labios hasta llegar a la muerte en una horrible mueca que imita la risa. ¿Crees que pudieron envenenarle con esa planta?, pregunté. Enrique,

no estoy seguro de nada. No he encontrado trazas de sardonía en el estómago del cadáver aunque el veneno no hace efecto hasta que no entra en el torrente sanguíneo; podría haberla ingerido a las ocho y haberse digerido cuando murió a medianoche. Jacinto suspiró. Si he de serte sincero, este cadáver me inquieta; en más de mil autopsias que he realizado nunca vi un muerto sonreír. Hombre, alguna vez tendría que ser la primera, dije para tranquilizarle. Aún así Jacinto no respondió, se limitó a desviar la mirada y coger un torrezno. Yo estaba totalmente perdido, me había convencido de que la autopsia arrojaría algo de luz al caso y no había hecho más que enturbiarlo. ¿Joaquín, tú qué opinas?, pregunté al camarero con la esperanza de que una tercera persona me ayudase a sacar alguna conclusión decente. Inspector, me he perdido entre tanta verborrea y tecnicismo médico; y he pensado en lo que tenemos: el cigarro; y es que un Gauloise no se encuentra así como así. Usted mismo, inspector, tiene que recorrer medio Madrid para dar con el estanquero que los importe de Francia. Lo único que se me ocurre es que o bien este individuo era tan tiquismiquis como usted... O era francés, rematé.

»Y es ahora, Susana, cuando esta historia extraña se convierte en otra aún más extraña y la línea argumental recta, si es que alguna vez la hubo, se desvanece por completo. Brihuega, que es medio francés, habló con un conocido suyo colaborador del *Le Figaro* que nos prometió publicar una columna sobre el caso en la próxima edición. No te lo vas a creer, día y medio después se puso en contacto conmigo Marie Dupont desde Lyon asegurándome que el hombre fotografiado en la quinta página del periódico francés era su padre, desaparecido hacía ya casi un mes; y te puedo asegurar que estaba totalmente convencida de ello porque en cuanto lo dijo rompió a llorar. Cuando se tranquilizó le pedí que pusiera a disposición de la comisaría local las huellas dactilares o una radiografía dental de su padre

para cotejarlas con el cadáver. Por supuesto, Marie no tenía ni una cosa ni la otra pero sí tenía una ficha de la última revisión del dentista donde aparecían sus empastes y coronas. Jacinto los comparó con los del cadáver de Narváez y la coincidencia fue absoluta; por fin pudimos darle nombre y apellidos al cuerpo que guardábamos en el frigorífico de la morgue: Henri Dupont; y su mujer e hija estaban de camino a España.

»Me encargué personalmente de ir a la estación de Atocha para recoger a Héléne Hualde y a su hija. A decir verdad no eran como me las esperaba; me había forjado una imagen de ellas basada en una idea equivocada. No debería haberlo hecho, he trabajado cuarenta años en el cuerpo de policía y he visto bastantes cadáveres. Son feos de solemnidad, casi nunca parecen humanos pero eso no era cierto en el caso de Henri Dupont pues tenía un aspecto lo bastante noble y sereno como para infundir respeto desde la muerte. Por supuesto que lo había fotografiado antes de la autopsia y si mirabas el retrato más de un par de segundos parecía pero que muy muerto; sin embargo había algo distinto en él, con sus mejillas cenicientas, un toque lavanda en los párpados, la ropa impoluta y esa sonrisa congelada para siempre en los labios. Lo que quiero decir es que esperaba que su mujer fuese una anciana de belleza pálida y cabellera blanca, una burguesa de familia poderosa a la altura del caballero que hallamos muerto; en su lugar me encontré a una vieja encorvada que bajaba la escalerilla del vagón apoyada en una garrota y ayudada de su hija que le gritaba al maquinista que no arrancase el tren, que todavía quedaban pasajeros por bajar. Nunca olvidaré lo perdida y sola que parecía en la estación, aferrada a un bolsón de cuero marrón como si la vida le fuese en ello. A pesar de todo supe enseguida quiénes eran, las saludé con la mano y se acercaron indecisas. ¿Es usted el *inspecteur* Durero?, preguntó Marie en un mediocre español con fuerte acento gabacho. Asentí y Héléne soltó el bolso y se abrazó a

su hija llorando y balbuceando palabras en francés que no entendía. Gracias por venir a recogernos, dijo Marie, mi madre y yo todavía no creemos que sea él, pero cada vez que miramos la fotografía...es papá. Fuimos en taxi hasta la comisaría, el viaje no es largo aún así a Hélène le dio tiempo a disparar una ráfaga de preguntas que Marie intentó traducir lo mejor que pudo. ¿Tiene alguna idea de qué estaba haciendo mi padre en *l'Espagne* el día de su cumpleaños? ¿Se registró en algún hotel la noche del domingo? ¿Sabe cómo murió? ¿Fue natural o fue... *comment se dit...* asesinado? Me daba vergüenza no tener respuesta a tantas preguntas; por supuesto que en cuanto supe el nombre del muerto de Narváez había llamado a cada hotel de Madrid con la esperanza de que un tal Henri Dupont se hubiese registrado el diez de marzo pero en ninguno habían hospedado a nadie con ese nombre. Caí en la cuenta de que un mes después de haberlo encontrado no sabía nada de ese hombre, así que me limité a explicarles punto por punto lo que sabía —que no iba mucho más allá de lo publicado por el *Le Figaro*— y a asegurarles que haberlo identificado allanaría el camino para resolver de una vez por todas este misterio. Al fin llegamos a mi despacho y les tomé declaración.

»Henri Dupont fue copropietario de una pequeña cadena de ultramarinos en Lyon, y aunque no hizo una gran fortuna con ella sí le permitió vivir cómodamente con su mujer y tres hijos. Las vio venir en el treintaisiete, hizo las maletas y se alejó con su familia de la segunda guerra mundial todo lo que pudo alquilando un apartamentito en Montreal. Cuando las armas callaron, regresó a Francia, se interesó en los tejemanejes de la bolsa y consiguió inflar un poquito sus ahorros, *mais non plus* dijo Marie acercando el índice al pulgar, restándole importancia a las inversiones de su padre. No tenía enemigos ni tampoco problemas de salud. En definitiva, para Dupont el diez de marzo del sesenta y nueve transcu-

rrió como cualquier otro día en su vida de jubilado; salvo porque ese día cumplía noventa y dos años. Al despertar hizo lo que había estado haciendo desde hacía treinta años; fue a comprar la gaceta financiera, comprobó minuciosamente el estado de sus inversiones mientras su mujer le hacía la lista de la compra —más abultada que otros días pues sus hijos y nietos vendrían a celebrar su aniversario y habría que preparar cena para ocho— y al volver del mercado estuvo media hora de charleta con la farmacéutica a la que había echado el ojo para casarla con su hijo menor. Nada se salió de la rutina hasta que a las siete y media, antes de que llegasen sus hijos, salió a tirar la basura para no volver jamás. Hélène denunció la desaparición esa misma noche en la gendarmería local aunque poco pudieron hacer los agentes para ayudarla. La descripción de Dupont en el momento en que desapareció era exacta a la del cadáver que encontramos salvo por la ausencia de la chaqueta —y de la corbata, que seguramente estaría en uno de sus bolsillos interiores—, los gemelos de oro y el Gauloise. Hélène estaba completamente segura de que su marido llevaba unos gemelos negros en forma de nudo cuando desapareció y de que la colilla no podía, bajo ningún concepto y a pesar de lo que dijese el laboratorio, ser de él por la sencilla razón de que Dupont nunca había sido fumador. De nuevo tenía más preguntas que respuestas y para evitar el ridículo al que me había expuesto en el taxi, saqué de un cajón la fotografía más reciente que tenía del difunto para su identificación definitiva. Hélène alargó la mano para cogerla y entonces me llamó la atención ver en su dedo índice un anillo —la única joya que llevaba, por cierto— con un elaborado sello plateado que me recordó al emblema de alguna logia secreta. Fue solo un instante porque tras un fugaz vistazo a la fotografía se la pasó a su hija —que con la cabeza ladeada y los párpados entrecerrados no me quitaba el ojo de encima— y volvió a enterrar las manos bajo el bolsón.

»Quizá fuese todo producto de mi imaginación sedienta de respuestas pero bastó para aguzar mis sentidos. Créeme Susana que por muchas artimañas que se me ocurrieron para que Hélène enseñara de nuevo las manos nunca volví a tener una visión clara del dichoso anillo. El caso es que madre e hija confirmaron la identidad de Dupont, dejaron en orden el papeleo para cobrar el seguro y repatriar el cuerpo a Lyon, se metieron en un taxi y nunca más volví a saber de ellas.

—Y eso es todo —concluí apagando la grabadora y cogiendo tabaco y papel para liar otro Gauloise con deliberado cuidado. Cribando una cantidad exacta de copos tostados en el papel, haciéndolo rodar con los pulgares mientras deslizaba los índices hacia los extremos del cilindro hasta sellar la solapa de un lametazo.

— ¿Ya está? —Dijo Susana al borde del grito mientras yo manipulaba el encendedor y me recostaba en la silla con el cigarro ardiendo en una esquina de mi boca—. ¿Eso es todo? No puedes parar ahora. No podéis dejarme así.

No nos queda otro remedio, aseguró Cifuentes con suavidad. Nosotros hemos “estado así” durante más de cuarenta años. Susana bufó. Venga ya. No me vengáis con esas ahora. Estaba verdaderamente enojada, como una niña inocente que aún no ha adivinado la derrota insoslayable que la vida le reserva; y su enfado se convirtió casi en súplica. Sin duda tendréis alguna idea... alguna teoría... después de tantos años... ¿O no? Compartimos la enésima mirada cómplice del día y un instante después Brihuega preguntó: ¿qué es lo que realmente quieres saber, Susana?

— ¿Creéis que fue asesinado?

— ¿Qué te hace pensar eso? —Dijo Jacinto—. Recuerda que no pude esclarecer la

causa de la muerte.

Lo sé, lo sé, dijo Susana, pero es todo tan extraño... Hélène dijo que su marido salió de casa a las siete y media. Asentí. Y murió alrededor de las doce, ¿verdad? Volví a asentir. ¿Cuánto puede tardar un vuelo de Lyon a Madrid, dos horas? Ten en cuenta, dije, que todo tuvo lugar en el sesenta y nueve. El aeropuerto de Lyon todavía no tenía conexión directa con el de Barajas, tendría que haber hecho escala en París para llegar aquí y habría tardado demasiado. Susana frunció el ceño. El coche queda descartado, también habría tardado demasiado... ¿Y el tren? Negué. El único tren que podría haber tomado desde Part-Dieu habría sido el de las ocho y diez que llegaba a Atocha a las dos menos cuarto de la mañana. Susana se apartó el pelo de la cara con una mano. Entonces, ¿cómo creéis que lo consiguió? Aplasté el cigarrillo contra el cenicero y me incliné sobre la mesa. La única manera de que Dupont saliese de Lyon a las siete y media y llegara a Madrid para morir a las doce en Narvéez es que le esperase un coche en la puerta de su casa, una avioneta privada en el aeropuerto y otro coche en Barajas para llevarle al apartamento; sino es imposible que alguien pueda hacer ese trayecto en tan poco tiempo. ¿Por qué tomarse tantas molestias?, preguntó Susana. No tenemos ni idea, dije, aunque sí estamos convencidos de que Dupont sabía que el desastre estaba ahí, a la vuelta de la esquina; se encontraba en una situación tan desesperada que sabía que si moría podían no llegar a identificarlo jamás y como no quería que eso sucediera compró un paquete de la marca de cigarrillos más representativa de Francia con la esperanza de que pasaran inadvertidos. Creemos que el Gauloise era un mensaje, Susana. *Soy francés, buscadme allí.* Dupont salió de casa, se montó en ese coche que le esperaba para llevarle al aeropuerto y tomó el avión a Madrid, y aunque no lo sé con certeza, por supuesto, si tuviera que apostar diría que ya llevaba el paquete; sabía lo que podía acercar-

se fuera lo que fuese. Sospechamos que iba a reunirse con alguien tan sumamente importante que tuviese que presentarse ante él con unos gemelos de oro y lo que fuera que se trajesen entre manos llegó hasta tal punto que le hizo olvidar la chaqueta junto con su corbata y su vida normal en algún punto entre el aeropuerto de Lyon y el piso de Narváez. Sin embargo, supón que de repente las cosas se torcieron, Dupont se dio cuenta de que no había vuelta atrás y encendió el primer y último cigarrillo que fumaría en su vida, su pasaporte de vuelta a casa. Susana se mordió el labio. ¿Y si Marie y su madre os mintieron? Esa escena del anillo me ha puesto los pelos de punta. Brihuega rió. Claro que hemos barajado esa opción, dijo. Que nos engañaron de mala manera, que asesinaron a Dupont en otro país para que nunca le identificaran en Francia; entonces, ¿por qué no se deshicieron del cuerpo sin más? Después de haber orquestado un plan tan meticuloso, ¿por qué no bañarle en ácido o tirarle al mar con una piedra atada al cuello? No. No creemos que la familia estuviese involucrada, al menos no directamente. Aunque desde que Enrique nos habló de aquel emblema desconfiamos por completo de la familia Dupont pero por más que hemos buscado blasones de sociedades secretas en libros especializados nunca hemos dado con uno que se pareciese al grabado del anillo de Hélène. Muchas veces nos hemos dicho que quizás Enrique solo vio el escudo nobiliario de la familia...pero ¿sabes? A mi Hélène Hualde no me parece el tipo de persona que pudiese presumir de linaje distinguido y no te olvides de la marca de ese otro anillo inexistente que Jacinto vio en el índice de Dupont. Ya estás otra vez con esas teorías conspiratorias, dijo Cifuentes, no le hagas caso, Susana; descartamos a la familia como posibles asesinos por la sorpresa de Hélène cuando Enrique le habló del Gauloise y la confirmación por parte de Jacinto de que apenas había restos de nicotina en los pulmones del cadáver. Brihuega se cruzó de brazos sin que el comentario le convenciese del todo pero

no dijo nada.

—Pensé...—dije pasándome las manos lentamente por el poco pelo que me quedaba—. Pienso... Y ya no sé qué pensar. Son todo especulaciones. Caminamos sobre terreno nebuloso. Lo más probable es que nada sucediese como pensamos. Lo único cierto es que cuarenta años después no tenemos nada.

— ¿Qué pasó con el apartamento?

—Lo registramos una y otra vez en vano hasta que logré venderlo —dijo Cifuentes—. Claro que sus inquilinos nunca sabrán que un buen día apareció un cadáver en la mesa del despacho; de hecho creo que nosotros somos las únicas personas que están al corriente de todo el asunto. Y ahora tú, claro.

Jacinto se incorporó abrochándose los alamares de su trenca y calándose el sombrero de fieltro. Caballeros, señorita; tengo que irme, ha sido un verdadero placer volver a repasar los detalles de esta misteriosa historia, no obstante mi hija quiere que lleve a los nietos al cine mientras remata las compras de Navidad. Espero volver a verte pronto, Susana ¿tienes alguna otra pregunta?

Susana se sumió en un profundo silencio jugueteando con un par de fichas de póquer. Centenares, dijo por fin, pero ninguna a la que podáis responder, creo. O quizás sí... Y es que os habéis obsesionado con este viejo caso como los niños cuando se obsesionan con los dientes que se les caen y que son incapaces de dejar de hurgarse con la lengua en los huecos que quedan para ver si encuentran el fondo. Es como si la muerte de ese hombre os hubiese dejado detenidos en el tiempo; eternos. ¿Y todo para qué? Si sabéis que no vais a llegar a ningún lado. Si ya le habéis dado tantas vueltas a cada detalle intentando atar unos cabos que son imposibles de atar que vais a terminar por no

saber si lo que os queda es un recuerdo o el recuerdo de un recuerdo. ¿Por qué estar toda una vida obsesionados con una persona que murió hace cuarenta años? ¿Por qué no habéis aprendido a vivir sin Henri Dupont?

Ninguno dijo nada al principio. Joaquín, Jacinto y Cifuentes bajaron la cabeza hacia el tapete verde. Brihuega y yo mecimos las copas y los hielos que quedaban sin derretir tintinearón un poco; pero pasado un rato los cinco levantamos la mirada hacia la becaria y respondimos al unísono en una sola voz:

—Porque nos hace sentir vivos.

Madrid, primavera de 2014.